
Paula Marshall
La hija del astrólogo
Harlequin Internacional™

Uno

Kit Carlyon estaba complaciendo a una mujer contra la pared de una antesala de la corte del palacio de Whitehall. Era una de las doncellas de honor de la reina Catalina de Braganza, la esposa de Carlos II de Inglaterra, y ambos estaban disfrutando todavía más del acto al pensar que podían ser sorprendidos en cualquier momento.

El placer de Kit Carlyon era todavía superior al de su compañera, ya que estaba ganando una apuesta con George Buckingham, al que le había dicho que conseguiría hacerle el amor a aquella doncella en particular antes que nadie, y que lo haría entre las paredes de la propia corte.

Una vez consumado el acto, no quedó más tiempo para diversiones. Oyeron pasos y voces, riendo y maldiciendo al mismo tiempo, Kit se abrochó los pantalones de terciopelo negro. La doncella, que en realildad ya había dejado de serlo con antelación, se bajó las faldas y se subió

el corpiño que Kit le había desatado al principio de su encuentro.

Cuando se abrió la puerta y entró con sus amigos George Villiers, segundo duque de Buckingham, el guapo hijo de un padre todavía más guapo, Kit volvía a estar sentado. Había tomado una guitarra y se había puesto a tocar *Greensleeves* mientras Dorothy Lowther, la doncella, miraba por la ventana para que nadie pudiese ver que tenía la cara colorada.

Kit miró a Buckingham a los ojos mientras empezaba a cantar, y le transmitió un mensaje silencioso. Cuando dejó de cantar, Buckingham le preguntó:

—¿Habéis estado entreteniendo a la dama, Kit?

—Eso espero, George, eso espero —contestó él sin levantar la cabeza de la guitarra.

Dorothy Lowther giró la cabeza al oír una nota de sarcasmo en la voz de Kit. Era una chica regordeta de cara guapa, que había tenido mucha suerte al conseguir un puesto en la corte. Kit Carlyon no era el primer hombre con el que había estado, como él ya había podido descubrir, ni el primero en haberla tomado en la corte, pero, hasta entonces, siempre había sido discreta. Después de mirarlo a él miró a Buckingham, que se estaba sacando un monedero de seda de entre las espléndidas faldas de su abrigo de color escarlata y le daba después varias guineas al cantante.

Kit levantó la cabeza para mirar a su amigo y le dijo brevemente:

—El doble, George. Tenía razón en ambos sentidos.

Buckingham se echó a reír, Dorothy Lowther se puso primero pálida y después roja al ver cómo Buckingham tiraba las monedas al regazo de Kit. Y luego, se interpuso entre ambos.

—Sois un bastardo, Kit Carlyon, ¡habíais hecho una apuesta! —y le dio una bofetada con tanta fuerza que le dejó la mano marcada en la mejilla izquierda.

Él dejó la guitarra, la agarró de la mano y se la besó. Luego, con una frialdad que la dejó aterrada, comentó:

—Querida, ya que habéis decidido airear al mundo entero lo que acabáis de hacer, tal vez queráis también decirle a George que yo no he sido el primer hombre en teneros, por si no quiere creerme a mí. También aposté con él a que no erais virgen.

Dorothy Lowther se ruborizó, pero las últimas palabras de Kit la dejaron lívida. Se alejó de él, apartó la mirada de su rostro burlón y taciturno, rodeado de rizos castaños, y miró a Buckingham y a sus amigos, que reían.

—Ya me habían advertido acerca de vos, Kit Carlyon, aunque no había querido creer las habladurías. Pensé que erais diferente de los demás, que os gustaba un poco, pero ya veo que me equi-

voqué. Espero que algún día sepáis lo que es amar, y ser traicionado.

—Amar —cantó Kit mientras seguía tocando la guitarra—. ¿Qué demonios es eso? Los dos nos hemos divertido. ¿Acaso no es suficiente? ¿Queríais más? Aprovechad el momento, decían en la Antigüedad, y eso hemos hecho, aprovecharlo juntos. Y con respecto al dinero, es vuestro, os lo habéis ganado —terminó levantándose y poniéndole las guineas en la mano.

Ella se las arrojó rápidamente. Las monedas cayeron y rodaron por el brillante suelo. Dorothy se dio la vuelta, preparada para salir de la habitación.

Pero Kit no se sentía ni lo más mínimo avergonzado. Levantó la guitarra para despedirla y dijo:

—Querida, tengo una canción para vos. Quedaos y la oiréis.

—¡Una canción! —gritó Buckingham, al que tampoco se le daba mal tocar la guitarra y que, como la mayoría de los cortesanos del rey Carlos, escribía poesía y, en ocasiones, incluso alguna obra de teatro—. ¿Una nueva, Kit? Decidme que es una nueva. Estoy cansado de las viejas. Últimamente carecemos de inventiva.

—Nueva, bastante nueva. Aunque el tema es muy conocido, los mejores temas siempre lo son —y empezó a cantar con su voz de barítono. Incluso Dorothy Lowther se quedó a escucharlo, atrapada por la melancólica belleza de la música

y la letra. Kit parecía haberse quedado solo en la sala. Por un momento, volvía a ser un niño que disfrutaba de su recién descubierto don para crear, tenía al mundo a sus pies...

A mitad de la canción incluso el rey, atraído por el sonido de la música, entró en la sala seguido de más cortesanos. Se puso un dedo en los labios para que nadie lo descubriese y para no interrumpir la música.

Sí, era una canción nueva y, sí, el tema era muy conocido, pero, por un momento, mantuvo al rey y a sus acompañantes embelesados.

Cuán fugaz es el amor,
cual certeza del adiós,
y así mi cantar me lleva
de su brevedad certera.

Gocemos mientras podamos
otro día que vivamos,
si alarga el amor las horas
desde el alba hasta la aurora.

Nada pierde quien lo goza,
mas fugacidad esboza
del amor la brevedad
y del canto, la verdad.

Las últimas notas flotaron en el aire. Había

algo tan lastimero, tan triste, en la canción y en el cantante que, durante unos segundos, nadie habló y luego el rey, aplaudiendo, se acercó a felicitar a Kit. Sus cortesanos se apartaron a su paso.

Carlos II no tenía una presencia particularmente real, nunca la había tenido. La informalidad reinaba en Whitehall en 1665, y lo había hecho desde que el rey había vuelto a casa después de mucho viajar, en 1660. Vestía un abrigo de terciopelo carmesí bordado en oro, y un gran pañuelo de encaje. Bombachos negros y amplios hasta las rodillas y la camisa sacada por encima. Llevaba las medias de seda escarlata y los zapatos de cuero negro tenían los tacones rojos. Su peluca era larga, y le hacía parecer todavía más alto de lo que era. Superaba en altura al resto de los hombres de la sala.

—Bien cantado, Kit. No, no os pongáis en pie. ¿Es vuestra la canción?

—Sí, señor —Kit obedeció y se quedó donde estaba.

—Está bien, Kit, muy bien. Me he perdido el primer verso, ¿os importaría volver a cantarlo?

En realidad, el rey no había hecho una pregunta, sino que había dado una orden. Kit asintió y volvió a empezar. Varias personas, entre ellas George Buckingham, comenzaron a tararear al final.

—No estoy seguro, Kit —comentó el rey—, de

si prefiero la música o la letra. Las dos son excepcionales. Me gustaría que me dieseis una copia de ambas, para oírsela cantar a Castlemaine.

Pocos fueron los que se atrevieron a reírse al oír aquel comentario con doble sentido. Carlos II era un hombre de fácil trato en la corte, pero que aceptase que se hiciesen comentarios acerca de su amante, Barbara Palmer, lady Castlemaine, cantando sobre la fugacidad del amor, era otro tema.

Kit miró a su señor, su amigo desde que habían luchado juntos en Worcester en 1651, cuando él sólo tenía diecisiete años y Carlos ya era un hombre de veintiuno.

Se levantó y le hizo una reverencia. Era casi tan alto como el rey y, como él, era de constitución atlética, Carlos solía tomarle el pelo utilizando el mote de «Hombros», y le gustaba enfrentarse a él cuando jugaban al tenis.

—Por supuesto, señor. Como siempre, sus deseos son órdenes para mí —y le hizo otra reverencia, tan mecánica como la primera.

El rey arqueó las cejas. Las palabras de Kit podían sonar obedientes, casi serviles, pero su actitud no lo era.

Tampoco era tan irreverente o insolente como el joven lord Rochester, al que el rey castigaba de vez en cuando a pasar cortas temporadas en la Torre, pero siempre era él mismo,

tal y como Dorothy Lowther ya había descubierto.

—No fuisteis formado para ser un cortesano, Kit. No obstante, permitidme vuestro hombro un momento —le puso el brazo encima, se apoyó en él y lo condujo hacia las puertas de cristal que daban a uno de los múltiples jardines de Whitehall.

El palacio, que estaba al lado del río, era como un laberinto. Había sido construido durante los reinados de muchos monarcas diferentes y Kit siempre bromeaba y decía que, como Teseo persiguiendo al Minotauro en el laberinto, era necesario atarse un hilo a la cintura para encontrar la salida.

Detrás de ellos se quedaron los cortesanos y también los pequeños spaniels del rey, contentos de poder correr en libertad. El monarca se dirigió hacia uno de los múltiples asientos que había en los jardines.

—Otra canción, Kit, y tal vez podáis retiraros, para hacer lo que os complazca —y le brillaron los ojos negros, dejando claro a Kit que su señor sabía perfectamente lo que había hecho y que ni lo aprobaba ni lo rechazaba.

Kit llevaba la guitarra en la mano izquierda. Apoyó un pie en el banco antes de empezar a cantar el poema de Herrick *El deleite del desorden*. Le había puesto su propia música la noche anterior y había mirado a Dorothy Lowther mien-

tras lo cantaba. Ella los había seguido a él y al rey a los jardines casi sin querer, y se ruborizó un poco al oír los primeros versos de la canción:

Un dulce desorden en el vestido
enciende en las ropas un capricho...

Estaba claro que él le cantaba para desafiarla.

Una vez más, el rey le aplaudió, luego levantó la mano y le dijo:

—Marchaos, Kit. Y haced buen uso de vuestro tiempo. Pronto volveré a requeriros.

Kit hizo una graciosa reverencia en esa ocasión, era flexible y sus movimientos eran elegantes a pesar de su tamaño, y se alejó lentamente del monarca guitarra en mano. Todavía no había llegado al camino empedrado cuando George Buckingham lo alcanzó.

—Esperad un poco, Kit. Tal vez el viejo Rowley os haya dejado marchar, pero yo todavía no he terminado con vos.

Kit se volvió a mirarlo. Buckingham era un viejo amigo y rival. A pesar de su delicada belleza, tenía un aura de brutalidad a su alrededor, la misma que poseían muchos de los viejos amigos y cortesanos del rey. Era un vestigio de los días en los que lo habían seguido por las cortes de Europa, sin dinero, pidiendo para sobrevivir, sin saber dónde conseguirían el siguiente mendrugo

de pan. Eso los había hecho duros, y todos habían recibido con placer la posibilidad de gobernar Inglatera de nuevo después de que Carlos II volviese en 1660. Su niñez había sido dura y penosa; pero la madurez los estaba recompensando. Buckingham y Rochester estaban entre los líderes del alegre grupo que rodeaba y divertía al rey, cuyas travesuras rozaban a veces la crueldad.

—Venga, Kit —dijo sin sonreír, no le gustaba que le ganasen—. ¿Os ha parecido sencillo complacer a la pequeña Lowther, verdad? Tenéis que reconocer que no era complicado. Ahora, os propongo otra apuesta. Un trato diferente. Es una muchacha que no sólo presume de su virtud, sino que la preserva con ahínco. Si consiguieseis ganárosla... eso sí sería un triunfo, dado que se ha resistido a tantos. ¿Creéis que se resistiría a vos? ¿Qué apostaríais conmigo?

Kit miró a su amigo, que era su enemigo, porque Buckingham era un cúmulo de contradicciones, y rió.

—No apostaría nada. ¿Quién es semejante dechado de virtudes? Dudo que se encuentre en la corte.

—No, no está en la corte, no lo estará hasta que vos no la traigáis, tal vez, para alegría de todos nosotros. Después de vos, amigo mío, siempre después de vos. Es la hija del astrólogo, ni más ni menos.

—No sabía que William Lilly tuviese ninguna hija.

—No me refiero a Lilly. Sino a su amigo, su colega, su rival. Viven cerca, se odian, se echan horóscopos el uno al otro en vez de piedras —explicó Buckingham con un torrente de palabras, que parecía no poder detener—. Quién sino Adam Antiquis, que tiene una hija, Celia, una doncella casta, que con sólo la mirada os dice que os mantengáis alejado, que no la toquéis, que es la fría Diana, nacida bajo el signo de la luna. Sé Apolo, Kit, sé el propio Sol, y conquístala, y yo os entregaré el feudo de Latter, ni más ni menos.

—¿Y si pierdo? ¿Qué podría daros yo, teniendo tan poco?

—El rubí de vuestro dedo, Kit. Hace tiempo que lo deseo. Está montado magníficamente, podría ser de Cellini. No seáis cobarde. Sólo perderíais un anillo y podrías ganar Latter. Allí podríais tener una casa mejor que la que tenéis en Cheshire, la antigua casa de vuestro padre, el viejo sir Kit, y que está hecha una ruina. Y ya sabéis que soy buen amigo, pero mal enemigo. Además, la doncella me ha tratado con la mayor crueldad. Me gustaría verla sufrir y avergonzarse por amor, ¿y quién mejor que vos para conseguirlo?

Al oír mencionar el rubí, Kit se miró el anillo

que brillaba en su dedo. Sabía que Buckingham lo codiciaba, y también que él mismo había jurado no desprenderse jamás de la joya. Era lo único que le quedaba de otra vida, de otra época, cuando había sido joven e inocente, un hombre que nunca habría tratado a Dorothy Lowther de aquella manera.

—Apostaré lo que queráis, George, salvo el anillo —dijo con cierta duda. Latter era toda una tentación. Podía ganar una casa de un solo golpe. Podría retirarse de la corte, dejar de ser uno de los caballeros de Carlos, no necesitaría de su generosidad—. Cualquier cosa, menos el anillo.

Buckingham lo vio dudar, echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Oh, Kit, Kit, ¿por qué no el anillo? Seguro que no fracasáis, nunca lo hacéis. Una vez que la doncella sea vuestra, tendréis el anillo y Latter. Y luego, podréis hacer lo que queráis con la muchacha —y empezó a cantarle su propia canción.

Kit enloqueció. Tenía treinta y un años, era soltero, no tenía dinero, ni familia, ¿por qué aferrarse al sueño de un pasado perdido? ¿Por qué no liberarse? Arriesgar el anillo sería como decir que Kit Carlyon seguía vivo. Y con respecto a la muchacha, la tal Celia Antiquis, si era realmente virtuosa, no tendría nada que temer; si no, se merecía que intentase conquistarla, ¿no?

—El anillo contra Latter —accedió por fin—,

que así sea. ¿Deseáis establecer un plazo de tiempo, George?

—No..., o tal vez sí, un año a partir de hoy. Y ahora, vayamos al río a dar de comer a los patos, y a observar a nuestro señor —dijo poniéndole el brazo por encima de los hombros, tal y como Carlos había hecho y conduciéndole hacia la ribera.

Al acercarse, llamó a los patos, y estos se desperdigaron, el rey lo increpó de manera amistosa, y los cortesanos rieron.

¿Y Kit Carlyon?

Christopher Carlyon se sintió como un Judas que acababa de apostar su mayor tesoro con George Buckingham, convirtiéndose así en un hombre tan ruin como él.

—Ahora, Celia, muchacha, si habéis preparado el horóscopo que pidió sir William, dádmelo. Le habéis ahorrado a mis ojos el esfuerzo.

Adam Antiquis, un hombre en apariencia robusto a pesar de sus sesenta años, pero débil interiormente, estaba en el lujoso salón de su casa de Strand. En el pasado, había disfrutado de las vistas de los jardines que se extendían fuera, de la pequeña casa de verano, hecha en madera, donde solía sentarse por las noches mientras Celia tocaba la viola para él, pero en los últimos tiempos había empezado a perder la vista.

Celia, con el pergamino en el que había escrito el horóscopo de sir William Harper en la mano, levantó la cabeza de pelo rubio y le sonrió.

—¿Y qué hay de mis esfuerzos, señor? —preguntó en tono de broma. Su padre sabía que nunca pedía nada, que sólo servirle ya la contentaba.

Adam iba a contestar cuando la señora Hart, el ama de llaves, entró con una botella de buen jerez y dos copas de metal en una bandeja de plata.

—Señor, señora, lo que me pedisteis —anunció dejando la bandeja en la mesa de roble que había delante de Celia.

—Servid la bebida —ordenó Adam sacando su vena noble. Su padre había sido un vasallo pobre de Leicestershire, llamado Archer. Pero el apellido de Antiquis le había parecido más noble, y más adecuado para un astrólogo. Su maestro había sido Elias Ashmole y su amigo y rival, también de Leicestershire, era William Lilly.

No quedaba en él nada de sus orígenes. Iba vestido elegantemente, de terciopelo negro y bordados en plata, el mismo color que su pelo. Celia era su única hija, y su esposa había fallecido durante el parto. La muchacha se parecía a su padre. Tenía un rostro noble, clásico, nariz griega, ojos grises y cejas negras, una boca grande y firme, de labios carnosos. Llevaba el pelo rubio y rizado recogido en un sencillo moño.

Su ropa también era sencilla. Un vestido gris ribeteado de fino encaje, impecable. Los dos Antiquis iban siempre impecables, tanto en lo que se refería a la ropa, como al aseo personal, ya que Adam había observado que las personas limpias vivían más y solían tener mejor humor.

—A mí también me gustaría que me hicieseis un regalo —dijo el padre a Celia—. Algo que me complaciese, dado que soy anciano. No desearía morirme dejándoos sola y desprotegida. Robert Renwick, el orfebre, vino ayer a pedirme vuestra mano y ofrecerme una dote para vos. Yo le dije que no era necesario, ya que habéis de heredar todo lo que tengo. Es un buen hombre, Celia, y os trataría bien, de eso no tengo duda. Se ocupó bien de su primera esposa, que murió de unas fiebres.

Celia se puso en pie con la copa en la mano y se quedó callada un rato, hasta que comentó:

—Como bien sabéis, siempre he querido morir virgen, padre. También me gustaría continuar con vuestro trabajo. Me habéis enseñado bien, pero no creo que Robert Renwick desee que su esposa sea nada más que la señora de su casa, y su compañera de cama.

Adam suspiró, fue hacia la ventana, miró hacia fuera, maldiciendo su vista nublada y su cansado cuerpo.

—No debí haberos enseñado como habría hecho con un hijo varón —respondió—. Me agra-

dó hacerlo, y me habéis recompensado bien. Sois mejor que muchos hijos y, para una mujer, vuestra manera de tratar las cosas, sencilla y misteriosa al mismo tiempo, es remarcable. Pero no os he hecho ningún favor. Los tiempos cambian, hija. Tal vez Sarah Ginner sea astróloga, pero la vida de las mujeres es cada vez más difícil. Estaríais más segura siendo la esposa de Renwick. No quiero morir pensando que estáis en peligro, o en la miseria, o que podrían despojaros de todo. Decidme que me obedeceréis, hasta ahora, nunca os habéis negado a hacerlo.

Pero, hasta entonces, su padre tampoco le había pedido nada parecido. Robert Renwick no estaba mal. Era mayor que ella, treinta y cinco años, frente a sus veintidós, pero eso no importaba. Era un hombre pesado, aburrido, y no querría que su esposa supiese más cosas que él. La confinaría a la cocina, a su cama, a ser la madre de sus hijos. No quería casarse con ella por amor, sino por conveniencia, porque sabía que se haría con todo lo que tenía Adam casándose con ella.

Su padre la había tratado siempre como si fuesen iguales y, en aquellos momentos, le pedía que se convirtiese en la esclava de otro hombre. Celia dio un largo trago aunque casi no saboreó la bebida.

—Permitidme que lo reflexione —le pidió.

—Por supuesto. Pero no demasiado tiempo,

las estrellas dicen que mi tiempo en la tierra se esta acabando, y mi cuerpo está de acuerdo con ellas. Y una catástrofe se cierne sobre Londres, ya sea una plaga o el fuego, tal y como piensa Lilly.

Celia volvió a dejar la copa en la mesa.

—¿Y mientras tanto, padre?

—Mientras tanto, mi señor de Buckingham viene esta tarde, hija mía. Desea una predicción, aunque su mensajero no ha precisado acerca de qué. Pero pagará bien, y no es un hombre al que haya que rechazar. ¿Seréis mis ojos, verdad?

Cada vez le costaba más escribir y Celia era sus manos además de su vista.

—Además, estaríais a salvo de él si os casaseis con Renwick —añadió rápidamente—. No tendría ocasión de veros. No estaríais aquí cuando viniese, a pesar de que mi vista os necesitase. ¿Me entendéis, hija?

Celia lo entendía. Aunque no se había dado cuenta hasta entonces de que su padre conociese tan bien a Buckingham. El caballero solía visitar a Adam para pedirle consejo acerca de alguna decisión importante que debía tomar, pero también iba a acosar a Celia, a ponerle encima una mano descuidada cuando pasaba por su lado y, luego, cuando su padre no estaba cerca, a sugerirle con una claridad obscena que se convirtiese en su amante, en su juguete.

A Celia no le gustaba. Era guapo, pero había

algo en él que la hacía estremecerse. Además, las estrellas le habían dicho que era peligroso. Adam le había hecho su horóscopo y ella lo había escrito, y al ponerlo al lado del suyo propio, había descubierto que estaba, de algún modo, ligada a él.

Sintió miedo, porque Buckingham era un hombre grande, y su padre y ella, a pesar de su conocimiento, eran pequeños.

Oyó un ruido fuera. Era el duque, que llegaba en su barcaza con el séquito que requería su posición. Había ido río abajo desde Whitehall. Sin duda, iba a mirar con lascivia a Celia Antiquis mientras utilizaba los conocimientos de Adam que, según iba envejeciendo, iban siendo también los de ella.

Se abrió la puerta. La señora Hart presentó a los visitantes con la cabeza baja. Delante de ella apareció un sirviente con un bastón blanco en la mano, lo que quería decir que, aquel día, su señor de Buckingham había ido en calidad de duque, no como hacía a veces, de manera más informal, para apoyarse en el hombro de Adam y tratarlo como a un amigo.

Buckingham entró. Iba vestido de negro y oro. Llevaba una perla en la oreja derecha y una peluca del mismo color que su pelo, rubio plata. Iba acompañado de un hombre al que Celia no había visto nunca antes, lo llevaba agarrado por los

hombros y le susurraba algo al oído. No había nadie más con ellos.

Celia hizo una reverencia y evitó los ojos de ambos.

Pero su excelencia no se lo iba a permitir. Quitó el brazo de los hombros de su compañero, saludó a Adam con la cabeza y le puso una mano a Celia debajo de la barbilla para levantarle la cara.

—Me gustaría que me saludaseis adecuadamente, señora. Y también a mi amigo, sir Christopher Carlyon, que tenía en mente pediros su horóscopo, o algún consejo, ¿verdad, Kit? ¿Qué pregunta deseáis hacer? Debéis formulársela a la doncella, no a mí. Ella es vuestros ojos, ¿verdad, maestro Antiquis?

Si a Adam le disgustó el modo en el que su excelencia trataba a su hija, no lo demostró. Asintió con un murmullo y le ofreció una silla al duque. Sir Christopher se quedó a su lado, apoyado en el respaldo, utilizando sus ojos verdes con destellos marrones para recorrer el salón con curiosidad.

El duque había obligado a Celia a mirar a sir Christopher Carlyon a los ojos. Vio un hombre alto, más alto que el duque, vestido con menos cuidado, de verde y plata, y cuyo rostro era engañoso, ya que, a pesar de no ser guapo propiamente, había algo atrayente en él. Al mirarlo, Celia

sintió que la habitación se movía a su alrededor. Por un momento, se sintió perdida. No era la primera vez que sentía que su alma se separaba de su cuerpo. Adam estaba al corriente de sus trances, que lo asustaban tremendamente, ya que no había hallado ninguna explicación de los mismos.

De repente, Celia estaba al aire libre. Olía a quemado y el cielo no era azul, sino negro y naranja. El aire no era fresco, sino caliente y húmedo. Había gente gritando y delante de ella estaba el rostro de sir Christopher Carlyon, extrañamente distorsionado. Le pareció que estaba gritando, pero no oía nada.

Y entonces, se encontró de nuevo en el salón, con el dulce olor de la primavera entrando por la ventana, ya no olía a fuego.

Aquellos ojos verdes y marrones la miraban con intensidad. Ella sabía que su rostro solía cambiar cuando le pasaba aquello, que abría mucho los ojos y los ponía en blanco. Él había visto el cambio y se había acercado.

—¿Estáis enferma, señora? Maestro Antiquis, su hija necesita ser atendida, me parece.

Tenía una voz bonita, como una caricia, la voz de un cantante o un actor. Aunque no debía de ser ninguna de las dos cosas. Celia sabía que era, o había sido, un soldado.

—No es nada, señor. Sólo un malestar pasaje-

ro —dijo ella, que volvía a ser la de siempre, con voz sumisa.

Estaba sorprendida de que él se hubiese dado cuenta de que le había pasado algo. Supuso que tendría una sensibilidad de la que no le habría creído poseedor. Sir Christopher apartó la mirada de ella e hizo un gesto con la mano.

—Ya es suficiente, entonces. George, no querría interponerme en el objeto de vuestra visita —fue a mirar por la ventana.

Celia se sentó a la mesa, escuchó cómo su padre aceptaba las instrucciones del duque, escuchó sus respuestas y las escribió, a petición suya. Y se quedó sorprendida de que sir Christopher no demostrase ningún interés por ella.

Su amigo lo había llamado Kit. ¿O era el duque su señor? No le parecía. Aquellos ojos verdes no tenían dueño. ¿Cómo podía saberlo ella? Estaba haciendo dos cosas a la vez, un truco que le había enseñado su padre. Vigilaba cada movimiento de Christopher mientras parecía concentrada en su trabajo. Él escuchaba al duque, que le estaba pidiendo a Adam consejo acerca de un asunto económico.

—Lo dejo en vuestras manos, maestro Antiquis. Y espero que me traigáis la respuesta a Whitehall. Y que vuestra hija os acompañe. Tal vez necesitéis sus ojos y su diestra mano —se levantó y fue hacia donde ella trabajaba—. Escribís muy bien, señora.

No hizo ademán de tocarla, ni de cortejarla, como en otras ocasiones. ¿Se debía aquello a la presencia de su amigo, o acaso había perdido el interés en ella? En cualquier caso, Celia se sintió aliviada.

Continuó trabajando un momento, escribiendo el horóscopo. Consultó un almanaque.

Buckingham observó el salón.

—Es una magnífica sala, señor —comentó—. Y tiene una buena biblioteca, y extraña. Hay textos en ella que os habrían causado la ruina si hubiese sido por el último tirano, Cromwell —se dio la vuelta y miró a su amigo—. ¿Guardáis silencio, Kit? No es habitual en vos. Me gustaría que me entretuvieseis. Entretenedme, y también al astrólogo y a su hija.

Kit siguió en silencio. Buckingham aplaudió. Su asistente, con el bastón blanco en la mano, que no se había movido de la puerta, lo miro.

—¿Su excelencia?

—Traiga a los sirvientes y la comida, y haga que traigan la guitarra de sir Kit. Y un buen mantel blanco para cubrir la mesa de estilo francés del maestro Antiquis. ¿Me acompañáis?

Celia pensó con resentimiento que el duque actuaba como si estuviese en su casa, y que todo el mundo debía hacer lo que él desease. Levantó la vista y vio a sir Christopher mirándola en silencio. Como diciéndole que sabía lo que estaba

pensando. Adam, por el contrario, intentaba complacer al duque.

—¿Me haréis el favor, excelencia, de beber mi vino antes de comer?

El duque sacudió una mano descuidadamente y volvió a pasar el brazo por encima de los hombros de Kit, después de acceder a beber con Adam.

—Beberemos en el jardín, maestro Antiquis, vos y yo, Kit y vuestra hija. Cuando su sirviente le traiga la guitarra, Kit cantará para nosotros mientras bebemos. ¿Qué hay mejor en una tarde soleada, como ésta, que comer, beber y escuchar buena música? Doy fe de que en el cielo no lo pasan mejor.

Celia pensó con ironía que Kit tenía poco que decir; dejaba que su señor tomase las decisiones y se limitaba a asentir. Adam abrió la puerta del jardín y todos salieron, el duque el primero. Fuera, hacía una tarde de abril tan cálida como si fuese de junio. El sol estaba alto. Las flores habían florecido, también como si fuese junio. Los manzanos arqueaban sus ramas sobre ellos. El duque se sentó en el banco del jardín, con Kit a sus pies, e hizo un gesto a Celia y Adam para que se sentasen también en el césped, que estaba amarillento. Hacía semanas que no llovía.

El hombre de Kit llevó su guitarra, la señora Hart, el vino y las copas. Adam se sintió orgullo-

so de sus posesiones, había comenzado como un vasallo. Un hombre vestido con los colores del duque sirvió el vino. Kit tomó la guitarra, la miró, luego levantó la vista y, en esa ocasión, la fijó en los ojos de Celia.

—Una canción para vos, señora, que habéis sido buena y dócil escribiente. Es una de las últimas de Will Shakespeare, y está entre las favoritas de George —era lo máximo que había dicho hasta entonces, sus manos de músico acariciaron las cuerdas. Cantó, y su voz era tan suave y tierna que a Celia se le llenaron los ojos de lágrimas.

Oh, amada mía, vos, ¿adónde vais?
¿No oís el canto del que tanto os ama?
¿No oís un canto, por lo bajo canto, por lo alto canto?
Oh, amada mía, ¿vos adónde vais?...
si en un breve instante, un feliz amante,
todo el mundo sabe, ¿más placer os da?
¿Qué es amor? Amor no es siempre.
Amor es sonrisa y gozo.
Es ahora; no es mañana:
Dadme, os pido, una razón para esperar.
Bésame, amor, más de mil veces,
que soy mancebo y la hermosura se va...

Kit no había dejado de mirar a Celia mientras cantaba y al terminar, repitió: «Que soy mancebo y la hermosura se va...», sin cantar, en voz baja,

como si le estuviese transmitiendo un mensaje y estuviesen solos en el jardín, como Adán y Eva. Pero, ¿dónde estaba la serpiente?

Buckingham habló. Fue para utilizar una cita de *Noche de Reyes*, la obra de la que estaba sacada la canción:

—Voz meliflua es ésa. Palabra de caballero. Bien cantado, Kit. Vuestras canciones van bien con el vino. Que es tan bueno como su talento, maestro Antiquis, y el de su hija. Un brindis por vos, Celia. Un rostro más hermoso no ha adornado nunca la corte.

Lo dijo en tono de burla, pero Adam no quiso oírlo. Estaba en su apogeo. Tenía a un duque en el jardín, a uno de los favoritos del rey cantándole a su hija, porque él si conocía a Kit Carlyon, estaban bebiendo vino y había comida esperándolos en el salón.

Celia oyó la burla en el tono del duque, vio cómo la miraba y pensó que prefería a su amigo, que tan bien se había comportado, que se había dado cuenta de su malestar inicial, pero no lo había utilizado para afligirla.

Así que cuando Buckingham le dijo al sirviente que esperaba en la puerta:

—Ya vamos; el maestro Antiquis me acompañará, y sir Kit dará un paseo por el jardín con la señorita Celia antes de traerla a cenar con nosotros, ya que le interesan las flores tanto como las canciones.

Celia no tuvo miedo de Kit.

Permitió que la agarrase del brazo después de haberle dado la guitarra a su sirviente.

Kit no había sabido qué esperar cuando Buckingham le había recogido en Whitehall. Había visto cómo el duque ordenaba que cargasen la comida en la barcaza y le decía, riendo, que se llevase la guitarra a casa del viejo Antiquis.

—Que la música desata más lazos y corchetes que los dedos, como vos bien sabéis.

Había pasado muchas veces por delante de aquella casa. Era un lugar decente, con sus propios jardines, pero era la primera vez que acompañaba al duque a casa del astrólogo. Kit dudaba seriamente de la astrología, pensaba que era un fraude y que aquéllos que la practicaban eran unos embaucadores.

Adam y su casa lo habían impresionado. Era un lugar decente y sencillo, nada recargado.

Y Celia también lo había sorprendido. No se parecía a las mujeres de las que solía encapricharse Buckingham. Había pensado que sería una muchacha segura de sí misma, George le había dicho que escribía para su padre. También la había llamado casta Diana, pero, para él, cualquiera que lo rechazase lo era, hasta pasar a ser la Puta de Babilonia entre sus brazos. Una vez conquistada la muchacha, George iba a por otra. No obstante, algún día el destino le jugaría una mala

pasada y haría que se enamorase desesperadamente de alguien indigno. Pero eso todavía no había ocurrido. Por el momento, disfrutaba de la vida y la desafiaba.

Sí, aquel rostro serio, el vestido impecable, el porte modesto, porque no había nada estrafalario en la hija del astrólogo, habían sorprendido a Kit. Pero era una mujer y se la tenía que ganar. ¿Qué había detrás de aquella recatada máscara? ¿Podría mudarla Kit Carlyon en deseo, hacerla retorcerse entre sus brazos? Ganarla significaría ganar un trofeo que merecía la pena, pero sólo un bellaco podría despojar a esa muchacha de su inocencia.

Le dieron ganas de cancelar la apuesta, de darle a George el anillo. Y entonces, ella le enseñó la pezuña hendida. ¡Belial la había marcado! El trance en el que había caído había sido para atraparlo a él, o al duque. Si Buckingham hubiese continuado insistiendo, habría sufrido en sus carnes sus dulces engaños. Porque sus trucos, como los de su padre, no eran evidentes, pero ahí estaban.

¿Qué era lo que había dicho Shakespeare? «Cepos para pájaros». Él, Kit Carlyon, no se dejaría cazar. Al caer en trance, lo había mirado a él.

Y mientras le cantaba, sus miradas habían vuelto a encontrarse. Cuando Celia se había levantado para acompañarlo, obedeciendo al

duque, Kit había visto el contorno de su cuerpo, oculto debajo de aquel recatado vestido y había contenido el aliento. Era tan adorable como aquel rostro de perfil clásico.

Pero tendría que ir con cuidado con ella. Por el momento, había hablado poco. Para ganársela, necesitaría de todo su arte, ya que si era tan torpe como había sido Buckingham, la perdería. Nunca había que infravalorar a una mujer inteligente, y la hija del astrólogo, lo era.

Le tendió el brazo y ella lo tomó, olía a lavanda, era un perfume campestre para una muchacha de ciudad, y la condujo por el camino del jardín... hacia la perdición y la rendición, o eso esperaba él.

Dos

—Son unos jardines muy bellos, señora Celia. ¿Los cuidáis vos?

Celia sacudió la cabeza y dijo casi con timidez, algo inusual en ella, que solía controlarse muy bien frente al sexo opuesto:

—Yo sólo me ocupo de las hierbas, sir Christopher. Willem se ocupa del mantenimiento de la casa y del jardín.

—¿Las hierbas? —Kit miró a su alrededor pero no vio hierbas. Celia señaló un arco de mimbre, con plantas que trepaban a su alrededor.

—Si os interesan las hierbas, sir Christopher, las mías están por aquí.

—En ese caso, las visitaré, señora Celia —y la condujo hacia el arco. Se encontró en un jardín en el que, en vez de flores, había hierbas.

A lo largo del muro que las separaba de la siguiente propiedad había alineadas jardineras, llenas de plantas cuyos aromas perfumaban el aire.

Kit se inclinó para tomar unas hojas de tomillo y las olió antes de dárselas a Celia.

—¿Utilizáis hierbas para vuestros conjuros, señora Celia?

Ella aplastó el tomillo entre sus manos antes de olerlo y responder:

—Yo no hago conjuros, sir Christopher, pero, sí, utilizo las hierbas. Como la señora Ginner, de la que ha debido de oír hablar, ayudo a mujeres que tienen problemas de salud. Culpepper nos mostró las virtudes de las hierbas y tanto mi padre como yo pensamos que poseen muchas cualidades, algunas todavía no demostradas. Nosotros debemos intentar descubrirlas y utilizarlas tal y como nos digan las estrellas —terminó, metiéndose el tomillo en una pequeña bolsa que colgaba de su cintura. Luego siguió caminando tranquilamente.

Kit, que era muy alto, bajó la mirada para observarla. Celia tampoco era pequeña, ni grande. Pero era una mujer extraña. Le había hablado con tanta soberbia como si fuese una erudita, no había en ella nada de la coquetería habitual en las mujeres.

—¿Y qué opináis de la epidemia? ¿Pensáis que tal vez haya remedio para ella? Eso sería extraordinario.

Celia sabía, al igual que Kit, que la epidemia ya estaba por todo Londres y que cada vez había más muertos.